HOMENAJE DEL SENADO DE LA REPUBLICA A LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

Insertamos a continuación los discursos pronunciados por los Honorables Senadores señores Humberto Martones, Enrique Curti, Humberto Aguirre Doolan y Eduardo Moore en la sesión del 3 de junio último en el H. Senado con motivo del 40° aniversario de la Universidad de Concepción:

El señor Martones. Señor Presidente:

Con motivo de haberse cumplido, en la segunda quincena del mes de mayo recién pasado, el cuadragésimo aniversario de la fundación de la Universidad de Concepción, fui invitado por este docto instituto de estudios superiores a participar en los actos conmemorativos que se iniciaron el 18 de dicho mes y que constituyeron un verdadero homenaje de la ciudadanía "penquista" a los inspiradores, a los realizadores y a los sostenedores de este plantel de altos estudios, cuya breve trayectoria no ha sido obstáculo para realizar la profunda transformación observada, no sólo en el campo docente, sino en todas las múltiples fases de la vida pública de Concepción.

Durante los días de mi permanencia en la metrópoli sureña pude comprobar de cerca el decisivo influjo que la acción universitaria ha ejercido durante estos cuarenta años, no solamente en la ciudad misma, sino en la extensa zona central del país, iniciada geográficamente en las provincias agrícolas, pasando por las regiones mineras e industriales del Arauco, hasta alcanzar las dilatadas fronteras de los bosques madereros.

La totalidad de los Honorables miembros de nuestra alta corporación hemos conocido en nuestra juventud, por referencias o por viajes, lo que Concepción fue desde su fun-

dación hasta los albores de este siglo. Enclavada en las riberas del más majestuoso de nuestros ríos, fue llamada muchas veces la capital del sur, y desde los días en que se proclamó nuestra Independencia hasta mil novecientos diecinueve, en que cursó su Universidad, se la tomó como la representante genuina de los intereses materiales de la geografía comprendida al sur del Mataquito hasta los confines del litoral, estimados, entonces, en Magallanes.

Un gesto de digna aristocracia intelectual singularizó siempre a Concepción. Su anhelo de contar con medios propios para avanzar por los senderos del progreso fue perseverante. Esta clara conciencia de su ciudadanía se revela en la inquietud que hubo desde mediados del siglo dieciséis para crear cuerpos docentes propios en los cuales proporcionar educación a su juventud. Fue tal la preocupación y el impulso que se dio a este anhelo, que el Rey Felipe II, por real cédula fechada en Madrid en 26 de enero de 1568, ordenó la creación de una Universidad en la ciudad de Imperial, después de leer los informes del Presidente y de los Oidores de la Audiencia Real residente en la ciudad de Concepción.

Así entendió la capital del Sur su alta responsabilidad histórica y amalgamó su fecha de nacimiento con la de su decisión de ser una genuina madre de sus hijos y, como tal, res-

ponsable de las virtudes morales e intelectuales de sus generaciones futuras.

El indómito indio, patriota, guerrero y rebelde, fue muchas veces culpable inconsciente de que se frustraran altos propósitos constructivos del conquistador español, y así parece, envuelta en la génesis nebulosa de la patria, esta idea de crear una Universidad Real, cuya simiente rebrota en iniciativas posteriores, siempre animadas del propósito de dotar a la zona de intérpretes autóctonos de sus intereses y de su inquietud, sin negar cabida al influjo de otros intereses o de otras culturas.

No es mi ánimo, señor Presidente, detenerme a proporcionar informaciones históricas cabales y amplias sobre el proceso que sigue durante el período colonial, sobre el deseo de la zona austral de tener escuelas, seminarios, institutos politécnicos y hasta universidades. Sin embargo, permítaseme que, en homenaje a la efemérides que ahora celebra Concepción, recuerde algunos hechos más que enorgullecen justificadamente a la hoy docta ciudad del Bío-Bío.

Perdidos los pasos de la real iniciativa filipeña, reaparece el alto propósito de docencia universitaria en el "activismo" jesuítico. De ello queda recuerdo en la llamada Universidad Pencopolitana. Expulsados del país los militantes de la Orden de Loyola, prosiguen la labor de esta última Universidad los hermanos de la Orden Franciscana, y, así, se mantienen en Concepción, escuelas de primeras letras, una cátedra de latinidad, otra de filosofía y tres de teología.

Eslabonada, pues, la inquietud educadora, jamás le faltó a Concepción una rectoría mental superior desde

su advenimiento como pueblo, hasta cuando le corresponde asumir su delicado papel de capital del Sur.

Instaurada la República, Concepción continúa desempeñándose como la intérprete de los anhelos de perfeccionamiento cultural de la zona, y es así como en el año 1823 su Intendente, don Juan de Dios Videla, crea el Instituto Literario, que treinta años después se convierte en el Liceo de Concepción.

Los cursos de matemáticas, de leyes y de ingeniería agrícola sostenidos por el Liceo durante los últimos decenios del siglo diecinueve y los dos primeros del actual son, sin duda, la base patrimonial más seria de la actual Universidad.

Corresponde al Rector del Liceo de esa época, profesor don Javier Villar, enunciar y vigorizar el concepto de descentralización de la enseñanza superior, para favorecer a aquella zona, en razón de su derecho a ser considerada Concepción como punto de convergencia de la dilatada región austral e insular del país y porque ya su madurez la hacía apta para sentirse en igualdad de condiciones intelectuales con la capital política de la República.

Esta idea, para honra del pensamiento y de la acción de la democracia, la recoge el diputado por Concepción don Malaquías Concha, quien, el 16 de agosto de 1906 presentó en la Cámara un proyecto de ley en que pedía la creación de una Universidad para Concepción. El mismo que destruyó en aquel día a Valparaíso malogró también el alto ideal del que fue benemérito fundador del primer partido político chileno preocupado del pueblo y entre cuyos galardones está éste de haber sido el

promotor de dar a Concepción una Universidad.

Tendríamos que seguir los pasos del crecimiento de Concepción, de sus aledaños y de sus convecinas provincias, para entender cómo se fue fortaleciendo la idea de la docencia universitaria. El carbón, los textiles, las lozas, las refinerías, la pesca, los diques, la pequeña industria y el grande y el pequeño comercios fueron nuevos, pero firmes peldaños para la suprema aspiración penquista. Todo se iba conformando para que, en el campo de la intelectualidad, del profesionalismo, del magisterio y del estudiantado, se fuera robusteciendo el ideario de universidad propia. Nada faltaba para su realización, mucho menos los valores humanos, de los cuales Concepción nunca ha carecido.

Si en el Parlamento se había levantado una voz clamando por la realización de dicha obra educadora, en la prensa de la época, tanto de Santiago, como de Chillán, de Talca y de Concepción misma, se publicaron sendos artículos que proclamaban como indispensable el dotar de vida a la proyectada universidad.

Sin embargo, ello no se realizaba; algo obstruía su construcción. Analizados y debatidos los propósitos, las fuerzas retardatarias de siempre lograban imponerse; un centralismo enquistado en el espíritu de muchos hombres rectores de la vida nacional parecía influir hasta imposibilitar la idea de que algún otro cuerpo docente que no fuera la Universidad de Chile pudiera otorgar patente de saber. Y así, sin quererlo tal vez, la Casa del ilustre Bello aparecía como suministradora exclusiva de los títulos profesionales y de la cultura nacional.

Finalmente, la resistencia fue vencida.

Enemigo por principio del culto a la personalidad, creo no transgredir mi formal posición al nombrar esta tarde, en nuestro recinto, a los eminentes precursores que han creado el Alma Máter de Concepción.

El 23 de marzo de 1917 se reúnen en la Sala de la Alcaldía de la Ilustre Municipalidad de esa ciudad, los miembros del Comité Ejecutivo destinado a establecer un Centro Universitario que sirviera toda la región sur del país, con facultades para recorrerlo y crear, además, los departamentos capaces de cooperar a tal iniciativa; ellos fueron los señores Enrique Molina, Edmundo Larenas, Romilio Burgos, Víctor Bunster, Esteban F. Iturra, Julio Parada Benavente, doctor Virginio Gómez, Pbro. Guillermo Junemann, Pbro. Olegario Sáez, Aurelio Lamas Benavente, Abraham Valenzuela, Alberto Coddeu, doctor Pedro Villa Novoa, doctor Samuel Valdivia, Abraín Concha, Manuel Guzmán García, Javier Castellón, doctor Cristóbal Martín, Vicente Acuña, Federico Espinoza, doctor René Coddeu, Abraham Romero, Héctor Rodríguez, Arturo Sandoval, Augusto Rivera Parga, Agustín Castellón, Luis David Cruz Ocampo, Teófilo Hinojosa, Desiderio González, José del Carmen Soto, Carlos Soto Ayala, Carlos Roberto Elgueta y Joselín de la Maza.

Allí nace la actual Universidad, prestigio de Concepción, orgullo de Chile y luz que desde entonces se irradia sobre el solar de América.

Las vicisitudes encontradas en el camino no fueron jamás obstáculos formales para los "pioneros" creadores de la Universidad. El más rudo

de los escollos, el económico, halló, en la persona de don Desiderio González, un artífice extraordinario. Ante la imposibilidad de obtener recursos fiscales para localizar las distintas Facultades, proporcionarse materiales didácticos, adquirir útiles de laboratorio, disponer de medios de locomoción, y finalmente, de dineros, no digamos para pagar al cuerpo de abnegados profesores, sino para subvencionarlos; en suma, para financiar los gastos totales de la entidad y poder considerarla un cuerpo con existencia permanente, concibió el señor González una idea para muchos abstrusa: las llamadas primitivamente Donaciones por Sorteo, génesis de la actual y prestigiosa Lotería de Concepción, de la que somos contribuyentes todos los chilenos.

Una breve información bastará para dar a conocer cuál es la contribución ciudadana lograda por dicho medio, para fortalecer la acción educadora de la Universidad: su presupuesto anual de 1919, fecha de su fundación, fue de \$ 100.000; el de este año es de \$ 3.179.000.000. Se incluyen en tal suma diversos aportes que por leyes especiales percibe la Corporación, como también, contribuciones y donaciones de organismos internacionales. Como sea, es la Lotería de Concepción la vivificadora del plantel sureño, y corresponde rendir justo homenaje al ilustre ciudadano don Desiderio González (Q. E. P. D.), quien, contraviniendo a los términos del viejo aforismo de que nadie es profeta en su tierra, formó allí su vigorosa personalidad, estudió en su Liceo, se graduó en Derecho, actuó como Consejero del Banco de Concepción, fue Regidor de su Ilustre Municipalidad y después

Alcalde de la misma; Intendente de la provincia, mas, por sobre todos estos méritos: creador de la Lotería de Concepción.

Señor Presidente: en mi reciente viaje tuve oportunidad de recorrer el plantel universitario en todas sus dependencias y, en forma especial y detenida, la Ciudad Universitaria. Difícil es describir la emoción sentida al visitar las aulas, los laboratorios, los talleres, los seminarios, la biblioteca y su sala de lectura, los gimnasios, sus piscinas, sus clínicas equipadas con los más modernos elementos de la Medicina y, por último, sus arbolados patios y los engalanados jardines de las elegantes avenidas que conducen al estudiantado, desde el Hogar Universitario, hasta los centros de la docencia universitaria.

Todo trasunta aristocracia de elevada alcurnia intelectual; todo está ennoblecido por el superior anhelo de enseñar, de educar y de dar cultura; todo, en la Universidad de Concepción, está inspirado en el deseo de encontrar la verdad y la belleza.

Las manifestaciones de reconocimiento y de aprecio de que se nos hizo objeto como parlamentarios representantes de la zona, con motivo de nuestra visita, las guardaré como recuerdo de innmerecido galardón.

Este contacto con la rectoría, el cuerpo docente y el alumnado de la Universidad me ha servido para confirmar en mi espíritu la certidumbre de que tanto el actual Presidente y Rector de la Universidad, don David Stitchkin, como sus inmediatos colaboradores: Directores, Consejeros y Profesores, son los efectivos conductores de una generación que, permanentemente y tesonera, se incorpora al acer-

vo de nuevos valores intelectuales tanto en el campo del profesionalismo como en el de la espiritualidad pura.

De las aulas de la Universidad suroccidental va saliendo, año tras año, ese ejército de valores del cual tanto necesita nuestra incipiente industria, y de su maestría dependerá, en gran parte, que alcance madurez y vigor. Los abogados, los médicos, los químicos, los agrónomos y los técnicos, más los maestros, los artistas, los escritores y los filósofos que forja la Universidad de Concepción, representan aportes extraordinarios en nuestro avance cultural, pues estamos seguros de que, sin la presencia e intervención de su actividad docente, tales jóvenes, en su gran mayoría, habrían visto frustradas sus aspiraciones y perdidos, en consecuencia, sus altos ideales de perfeccionamiento.

Las clásicas Facultades universitarias se complementan en Concepción con extensiones anhelosas de realizar divulgación popular, sin que ello signifique rebajar el alto ideario de elevación espiritual de que siempre debe estar imbuida una universidad.

El Arte, en sus expresiones pictóricas o plásticas; el Teatro, al reeditar las mejores obras de los más puros valores del tinglado clásico, o bien, las más modernas de nuevos autores; los Coros y las Danzas; las ediciones divulgadoras de nuevas concepciones artísticas, estéticas o filosóficas; su prestigiosa revista ATENEA; sus Seminarios; sus Cursos de Temporada, todo señala su permanente inquietud de superación y perfeccionamiento; y lo que es más significativo y útil aún, su constante preocupación por llegar al pueblo; ese pueblo que entraña valores que

muchas veces no pueden ser revelados por falta de recursos económicos para efectuar los gastos mínimos que exige el acceso a los centros de altos estudios, como son las universidades.

Es ésta la obra de escasos cuarenta años. Imaginémonos lo que ella será en el andar del tiempo y cuál será, para entonces, el sentimiento de gratitud de las generaciones venideras, al saberse dotadas, por las actuales, de tan eficiente vehículo de cultura superior.

Así como nosotros vivimos agradecidos del patrimonio que nos representa el legado de arte y de literatura de la legendaria China, de la mística India, de la moral cristiana o de la filosofía de la Grecia inmortal, así también mañana nuestros compatriotas habrán de reconocer el ímprobo esfuerzo de quienes, como patrimonio, les legaron una universidad.

Señor Presidente:

En forma intencionada, he dejado para esta parte de mi intervención el recuerdo de un nombre. Sé que en la mente de todos mis Honorables colegas vibra en este instante un nombre augusto; no hay casi necesidad de pronunciarlo.

Recordando a otro maestro, Luis Galdames, cuyas enseñanzas recibimos en la escuela, permítasenos que, llenos de respeto, lo enunciemos desposeyéndolo del calificativo "don"; y que así, con la satisfacción de saberlo vivo entre nosotros, lo nombremos como a los ciudadanos ilustres de nuestra historia patria: como a un O'Higgins, un Salas, un Egaña, un Bello, un Balmaceda, un Luis Emilio Recabarren, y lo llamemos

simplemente: ENRIQUE MOLINA GARMENDIA.

El venerable y venerado Maestro, Rector vitalicio de la Universidad de Concepción, que él creó con su esfuerzo, su talento, su dedicación y su fe en la patria, puede estar seguro de que la voz de este autodidacto, al pronunciar su nombre en nuestro hemisferio, lo hace con la unción de quien leyendo un texto de historia reencuentra a los grandes maestros de generaciones; y así, con el debido respeto que le merece la ciudadanía toda, ubicada en la infinita gama de las diferencias ideológicas, habrá de permitirle ser, desde el Senado de la República, el intérprete de su gratitud.

La recia obra magisterial, docente, intelectual y filosófica del profesor Molina Garmendia traspasó hace tiempo los lindes del territorio patrio; su pensamiento ha hecho luz y acción en la mente y en la actividad de millares de seres. Es, por lo tanto, un Maestro a quien Chile, como corolario de su portentosa labor educativa, le debe una universidad.

En la paz del atardecer, en su retiro augusto, en su sosegado sillón, reciba el Maestro un saludo del pueblo; no otra intención ha tenido mi palabra esta tarde, señor Presidente, pues, a mi manera, como millares y millares de otros conciudadanos, he sido su alumno leyéndolo, siguiendo la trayectoria de su luminosa vida y acompañándolo en la prosecución de su alto ideal creador. No tuvimos la dicha de ser alumnos de sus aulas docentes, ya que en nuestra vida de estudiantes nunca cruzamos los umbrales de alguna universidad, pero hemos tenido la suerte de ir al encuentro de sus obras y de sus libros: Maes-

tro en fin, se lo agradecemos, y aprovechamos la ocasión para decírselo, con íntima satisfacción, desde el sitio desde el cual el pueblo nos ha confiado la alta misión de legislar y también para ocuparlo, cuando ello procede, como tribuna desde la cual reconocer el mérito de sus hijos más preclaros, y ninguno como ENRIQUE MOLINA GARMENDIA, que es del pueblo, que ha hecho siempre obra en bien del pueblo educándolo y a quien éste, en vida, lo ha incorporado en las páginas de su historia, como al más benemérito de sus hijos.

Señor Presidente:

Solicito que nuestra corporación se sirva hacerse eco de las expresiones que en homenaje a la Universidad de Concepción he tenido a honor pronunciar esta tarde y se digne resolver el envío, a su Rector, de un saludo conmemorativo por su labor docente de cuarenta años. Pido, además, que tales expresiones de saludo y reconcimiento alcancen al ilustre maestro Molina Garmendia, mediante oficio en que se deje constancia de la gratitud de la ciudadanía por su labor educadora y porque, gracias a él, Chile tiene el orgullo de haber inscrito el nombre de uno de sus hijos en la galería de los pensadores universales, con el excepcional calificativo de filósofo.

El señor CERDA (Presidente).—¿Su Señoría formula indicación para enviar dichos oficios de saludo en nombre de la Corporación?

El señor MARTONES.—Sí, señor Presidente.

El señor LAVANDERO.—Hay acuerdo.

El señor AGUIRRE DOOLAN.—Con el mayor agrado adherimos a la petición del Honorable señor Martones.

El señor BELLOLIO.—Que se envíen los oficios en nombre de todos los partidos.

Se aprueba la indicación.

El señor CURTI.—Honorable Senado:

Hace cuarenta años, un grupo de hombres soñadores y visionarios se reunieron para planear la forma de ayudar tanto al progreso y a la cultura de la rica zona de Concepción, como a la instrucción y la preparación técnica de una juventud deseosa de ser útil a su patria, participando en el ciclo de su desarrollo y crecimiento.

La creación de la Universidad de Concepción fue un acto de audacia, sólo explicable por ese motor interno que da el idealismo de almas de selección, que no miden ni cuentan cuando las anima un patriotismo que se exhibe no sólo en los campos de batalla, sino también, y en forma muy acentuada y permanente, cuando con su fe y su tesón se integra y construye una nacionalidad, o cuando se arrancan a las entrañas de la tierra las riquezas con que las dotó el Hacedor, las cuales, transformadas por la inteligencia y la preparación que da la técnica, levantan el nivel de vida de un pueblo y aumentan sus posibilidades de trabajo y bienestar.

Y fue una gran audacia, pues no disponían de ningún medio material, ni de ningún Mecenaz que alentara y solventara la empresa. No contaban con protección del Estado, ni con ninguna clase de financiamiento, ni con propiedades donde instalar sus planteles de enseñanza. Sin embargo, pudieron iniciar el año 1919, después

de esperar en vano la ayuda estatal, la fundación de los primeros cursos, frente a la comprensión de muchos y a la indigencia material de los incipientes pasos. Pero su directorio, lejos de desanimarse, ideó unas donaciones con sorteo que, transformándose en una lotería legal, llegaron a ser la raíz y sustento de su financiamiento por largos años.

El objetivo primero y principal fue fundar una Universidad y crear un Hospital Clínico que complementara su futura Escuela de Medicina. El papel preponderante en tal iniciativa correspondió al Dr. don Virginio Gómez, en su calidad de médico distinguido, de hombre de estudio y de alto espíritu, y a don Enrique Molina Garmendia, entonces Rector del Liceo de Hombres de Concepción, personalidad de la más alta jerarquía y realizador de la idea, al ser designado Rector de la Universidad desde su fundación hasta hace apenas dos años, cuando su salud quebrantada le impidió seguir al frente del plantel al cual dedicara sus mayores desvelos y energías.

La personalidad de don Enrique Molina es improcedente describirla. Sus actitudes y actividades han ido jalando el desarrollo de nuestra cultura y del pensamiento chileno e internacional. Basta mencionar que está consagrado como uno de los maestros de América y uno de sus principales filósofos.

El mayor mérito de don Enrique Molina en la concepción de la Universidad fue no olvidar que las necesidades de la colectividad se solucionan siempre que haya centros de estudios superiores, pues de ello se deriva la consecuencia práctica de mayores ventajas para el pueblo.

Jamás quiso don Enrique Molina que la Universidad se transformara en un politécnico o en escuelas de carácter puramente técnico, pues estaba convencido de que, manteniendo las facultades tradicionales de todas las universidades del mundo, inspiraba la formación de los técnicos, como consecuencia de los estudios superiores.

Siguiendo el ejemplo norteamericano, cuyas universidades visitó y conoció intensamente, formó un Campus o Ciudad Universitaria, una de las primeras y más importantes de la América del Sur, y organizó al mismo tiempo la Universidad a base de Institutos Centrales de Química, Física, Biología y otros ramos básicos, donde, junto con impartir enseñanza, ha fomentado con el mayor éxito la investigación científica.

En tarea de tan alto vuelo, de creación, de organización perfecta de una universidad, contó con la cooperación valiosísima de hombres eminentes, como don Luis David Cruz Ocampo, que ideó la Lotería de Concepción, que fue la principal fuente de mantenimiento económico de la Universidad hasta hace pocos años, cuando el Gobierno, comprendiendo la seriedad e importancia de la Institución, particular, pero de gran espíritu de servicio público, comenzó a suministrarle, por diferentes medios, la parte principal de su financiamiento.

No puedo citar otros nombres que colaboraron en la grandiosa obra, porque siempre la enumeración sería incompleta, ya que don Enrique Molina logró reunir a su lado a todos los universitarios, en el solo afán de servir o engrandecer a la Universidad, mediante el debido aprecio del

mérito y el espíritu de trabajo de sus cooperadores.

Hoy día, la Universidad de Concepción acomete una nueva jornada de su vida y logra hacer aprobar por intermedio de una delegación a la Conferencia de la UNESCO, celebrada en París en 1958, y presidida por su actual Presidente y Rector, don David Stichkin Branover, el Proyecto de Estructuración Docente elaborado por la Universidad de Concepción y logra, asimismo, hacerlo recomendar como modelo para las instituciones universitarias del hemisferio occidental.

Extiende su acción no sólo a la ciudad donde tiene su sede, sino también a las provincias vecinas, con lo cual efectúa una función de enseñanza regional adaptada a las producciones de cada zona. Orienta sus actividades hacia el estudio e investigación de los diferentes problemas técnicos que se presentan en las regiones y constituye una reserva de la que se echa mano en las dificultades y que siempre está pronta a servir al bien colectivo.

El homenaje que el Senado rinde hoy a la Universidad de Concepción al cumplir 40 años de su vida, es la expresión del aplauso que merece a la ciudadanía esta benemérita iniciativa privada encaminada al bien público. Los frutos que de esta institución se han obtenido son de la mayor importancia para el país, y hoy día sus aulas extienden sus enseñanzas para crear horizontes a innumerables estudiantes que, convertidos en profesionales, se incorporan anualmente al progreso de nuestra patria. Es hermoso para los que la concibieron y realizaron, para don Enrique Molina y sus colaboradores, poder contem-

plar el camino recorrido y poder también apreciar todo el auge, el prestigio y el porvenir de esta obra que ya está incorporada a un plano continental y que se desenvuelve en pleno vigor y desarrollo, haciendo realidad cada día sus lemas fundamentales de acción: "por el libre desarrollo del espíritu" y "sin verdad y esfuerzo no hay progreso".

Deseo, señor Presidente, en nombre de los bancos conservadores, solicitar que, con ocasión del cuadragésimo aniversario de la Universidad de Concepción, se envíen notas de saludo y felicitación al Rector y Directorio de esa Universidad y también otra semejante al eminente hombre público don Enrique Molina Garmendia, su ex presidente y fundador.

He dicho.

El señor CERDA (Presidente).—Se enviarán los mensajes solicitados por Su Señoría.

El señor AGUIRRE DOOLAN.—Honorable Senado:

Homenaje de admiración y reconocimiento es el que adeudamos a la Universidad de Concepción y que le ofrecemos con ocasión de cumplir sus cuarenta años de existencia realizada y de creaciones promisorias.

La Universidad penquista respondió a un impulso de superación regional; a la inquietud de una zona que sentía tan maduros sus perfiles sociales como para completarlos con la empresa humanista y científica que fue el resultado de la acción precursora de Virgilio Gómez, Enrique Molina, Julio Parada, Desiderio González, Luis David Cruz, Alberto Coddou y otros señaleros de la primera hora. El primero y más significativo de los caracteres de la nueva universidad fue, por consiguiente, el que fluye

de haber nacido señalada por la más pura independencia, al calor del esfuerzo particular y provinciano.

Libre estuvo también la Universidad del Bio-Bío de toda interferencia confesional o sectaria. Sus formadores dejaron de lado sus inclinaciones ideológicas y supieron hacer de ella un instituto de promoción cultural, un centro serio de capacitación profesional y técnica, un organismo abierto a la investigación bien conducida y al mejor esclarecimiento de las ideas. Creció así UNA UNIVERSIDAD, en el más moderno y eficiente de los sentidos.

En agria lucha contra las dificultades materiales, enfrentándose a las más angustiosas estrecheces; venciendo, a veces, el rigorismo de las leyes que impedían su vuelo; la creatura universitaria fue conducida en sus primeros años por la ciudad que la engendró y que la ha entregado, en la hora de hoy, a su magnífica adultez.

Valores sobresalientes de la enseñanza de las artes, de la vida profesional e industrial organizaron su espíritu en las disciplinas de la Universidad de Concepción. La política tomó a muchos de ellos, y en todos los recintos de selección, en éste entre otros, más de alguno de los universitarios penquistas dijo con dignidad las palabras que eran útiles a su doctrina y al país.

Agotado por decenios de labor docente y conductora; herido su físico por el mal de los años, reposa hoy en las cercanías de la ciudad universitaria un hombre-símbolo. Pensador de severa jerarquía; ensayista y filósofo, escritor de castigado estilo y, sobre todo, educador por mandato irrecusable de su destino humano,

don Enrique Molina es acreedor a nuestro respeto y a nuestra gratitud. Al rendir homenaje a la Universidad de Concepción, los senadores radicales nos detenemos, reverentes, ante la figura inimitable del ascético Maestro de tantas generaciones.

Honorable Senado:

El Partido Radical, a cuyas huestes pertenecen tantos de los profesionales formados en las aulas penquistas, entrega a la Universidad de Concepción el homenaje de su mejor intención y de su más claro deseo de conservación y de progreso. A su joven y distinguido Rector, don David Stitchkin, ofrece sus felicitaciones más cordiales y su promesa de cooperar, como hasta ahora, con la obra de un instituto que es el superior exponente de una voluntad y de un espíritu.

El señor BELLOLIO.—Señor Presidente, Honorable Senado:

Las palabras que hoy se dicen en esta alta corporación son un homenaje que la democracia y la ciudadanía entera rinden a determinados actos que, después del correr de los años, parecen haber sido muy fáciles de realizar. Acaso más de alguien se pregunte al celebrarse un año más, por qué tales actos no se ejecutaron antes. Las generaciones actuales, al encontrarse con la Universidad de Concepción, no saben de los inmensos sacrificios que se hicieron, de los inmensos trabajos realizados y de la inmensa fe que se puso para construir, ladrillo tras ladrillo, los cimientos de la Ciudad Universitaria, centro de cultura que por su posición geográfica y las necesidades de la zona del país, tenía su justa ubicación.

Al adherir a lo ya dicho, lo hago no tan sólo con palabras, sino con el corazón, porque fui alumno de esa Universidad, a cuyas aulas ingresé cuando la Institución tenía apenas diez años de existencia.

Por ello, podría contar los sinsabores y las amarguras que experimentábamos los alumnos, porque teníamos el concepto de que la Universidad no tenía edad biológica y debía ser grande desde sus comienzos. Con el transcurso de los años, tenemos la inmensa satisfacción de ver que lo soñado entonces se ha convertido en realidad, que la meta que deseábamos alcanzar en esa época, ha sido superada.

Esta es la satisfacción que puede tener una generación y particularmente quien, habiendo sido alumno de ese plantel, puede rendir homenaje a la Universidad cuando ella cumple cuarenta años de vida.

He dicho que la fe es algo noble que existe en nosotros y permite salvar todos los obstáculos, vencer todas las dificultades, sin importar el esfuerzo ni el desgaste que para ello sea necesario emplear y sin tener jamás presente en el pensamiento el temor de no poder lograr ese propósito.

Por eso, señor Presidente, viene a mi memoria una parábola del más hermoso de todos los libros de la tierra, aquélla en la cual se refiere que Jesús, al llegar al Lago Tiberiade, encontró a un grupo de pescadores que no iba hacia el mar para lanzar sus redes y al preguntarle él por qué no cumplían las tareas de su oficio, le respondieron: "Porque hemos ido muchas veces al mar y hemos tendido nuestras redes, y nuestro trabajo ha sido en vano". El les contes-

tó: "Hombres de poca fe. Id a vuestras barcas, lanzad vuestras redes y veréis que la pesca será abundante". Así lo hicieron y volvieron con abundante pesca.

En la zona —ya lo dijo el Honorable señor Martones— existió, desde los tiempos de la Colonia, el deseo de crear una universidad, de crear un centro superior de estudios. Tal deseo respondía a una necesidad, y se fundaba en razones geográficas; en la urgencia de resolver los problemas que crea la distancia que separa la zona de la capital y en otras consideraciones relativas a la formación misma del país.

Por sobre todo, la idea fue adentrándose por estimarse a la Universidad como el aporte necesario para constituir en la zona una unidad geográfico-económica que descansara en los soportes del espíritu, con capacidad para preparar el material humano necesario para que las industrias alcanzaran su pleno desarrollo. Se tuvo en vista el mejoramiento del nivel de vida de las generaciones futuras de la región y de todo el país.

En mi concepto, el Senado, al rendir este homenaje, realiza un acto de toda justicia. La patria no se forma sólo en las batallas ni con las armas: se constituye también gracias a su capital humano, por lo cual es menester preparar a las generaciones futuras para que den brillo a las zonas a que pertenecen, al país y a la América entera.

La Universidad de Concepción nació modestamente, como nacen todas las cosas grandes en las cuales los hombres que intervienen en ellas ponen su corazón. No pensaron sus fundadores en las rentas que podrían obtener los profesores, ni en los edifi-

cios imponentes: pensaron sólo en transmitir un espíritu a sus educandos.

Podría citar al respecto anécdotas que pocos conocen. Me referiré a una de ellas.

Entre las primeras reuniones que hubo, en la antigua escuela dental, el doctor Virgilio Gómez —hoy desaparecido—, ante la declaración del que hacía de tesorero en el sentido de que no había fondos ni para una pequeña propaganda en los pueblos vecinos acerca de la creación de la Universidad, sacó de su cartera un cheque y se lo entregó doblado para que nadie se impusiera de su monto. El tesorero, al abrir tal cheque, vio que era por una suma astronómica, en esa época: doscientos mil pesos. Entonces le dijo: "Doctor, esto jamás se lo podrá devolver la Universidad". El doctor respondió: "Yo no pido devolución; yo lo doy, en nombre de un enfermo agradecido, que me ha dado este honorario que no he pedido y con el cual yo no contaba. Que esto sirva de base para la creación de la Universidad de Concepción".

Podría contar otras anécdotas semejantes. Los que hacíamos el curso de Medicina, usábamos un modesto laboratorio, el que debíamos compartir con el curso de Dentística. Los varios grupos teníamos que ocupar todos los días los únicos seis microscopios que había. Podría, también, consignar el esfuerzo de muchos profesores que percibían sueldos realmente ridículos, de hombres que trabajaban por ciento veinte pesos mensuales y hacían clases todos los días. Muchos de éstos siguen aún haciendo clases después de cuarenta años, como el profesor de Clínica Médica y Director de la Escuela de Medicina,

doctor Guillermo Grant Benavente; el Director de la Escuela de Ingeniería Química, Profesor Salvador Gálvez; el Director de la Escuela Dental, dentista don Serapio Carrasco, y el Profesor don Arturo Gigoux.

Todavía siguen dando su esfuerzo, su sacrificio y su aporte para enseñar, a pesar de sus cuarenta años de trabajo intenso.

La Universidad debe tener un papel que el actual Rector ha reconocido. En una democracia, todos tienen unas mismas posibilidades, pero no unas mismas facilidades. Por eso, este país, por su configuración, debe tener universidades que marchen con la fe de sus hombres y logren, en sus respectivas ciencias, un mejoramiento del capital humano.

¡Qué decir de este hombre que fue Rector vitalicio y a quien, tal como dijo mi Honorable colega señor Aguirre Doolan, los años lo han retirado! Enrique Molina, fundador, Presidente y Rector, lo fue hasta que una enfermedad lo obligó a alejarse de sus altas funciones; pero siempre sigue pendiente de "su" Universidad, como él la llama; y si bien en estos momentos no conserva el don de la palabra, por sus gestos y su modo de actuar se comprueba que siente como si la Universidad fuera su propia obra, su propia hija.

Quiero rendir un homenaje, en nombre de los senadores del Partido Nacional, a la Universidad de Concepción en sus 40 años de existencia; a todos aquellos que tuvieron fe y visión y hoy ya no están en este mundo, y a todos aquellos profesores que actualmente se desempeñan en sus aulas, algunos de los cuales continúan su labor después de 40 años de magisterio.

La Universidad de Concepción cumple su misión no solamente en la pirámide más alta de los centros de estudio, sino también dentro del corazón de cada chileno, luchando por su zona, por la patria y por Latinoamérica.

He dicho.

El señor MOORE.—Señor Presidente:

Al escuchar las hermosas palabras de mis Honorables colegas en este justiciero homenaje a la Universidad de Concepción, que cumple cuarenta años de vida, mi recuerdo retrocedía a años lejanos de la juventud, cuando tuve la profunda satisfacción de conocer a dos hombres que se destacan en el grupo de los creadores de la institución, hombres a quienes siempre es necesario recordar, porque su actitud frente a la vida resume lo que ha sido más tarde la Universidad de Concepción. Me refiero al doctor Virgilio Gómez y a don Enrique Molina.

El doctor Virgilio Gómez fue una mezcla original de apóstol, de sabio y de filántropo; hombre extraordinario en su medio y en la época en que vivió. Una de sus pasiones dominantes y que lo transformó en un sabio dentro de esa materia, era el estudio y el conocimiento de las cosas del mar. El había llegado a la conclusión de que los chilenos no conocíamos ni aprovechábamos este largo mar que baña nuestras playas y de que no éramos un pueblo de marinos, pues, dándole la espalda al mar, sólo estábamos pendientes de la Cordillera, que parecía fatalmente separarnos, no sólo del mundo, sino de nuestro destino, de nuestro porvenir como raza.

Para el doctor Gómez —y esto lo

dijo en muchas charlas, en hermosas conferencias, en libros que llegaron a tener resonancia internacional—, el mar era el futuro económico de la raza. La vida animal y vegetal que se da en el mar —sostenía— había sido olvidada por los chilenos y era un tesoro para alimentar a muchos millones de conciudadanos. Y no sólo era alimento de la vida material, señor Presidente, sino de la vida espiritual, porque para el doctor Gómez el mar era una continua lección de audacia y energía, una lección que, así pasajera, comprendieron, aceptaron y siguieron los chilenos, pero que rápidamente olvidaron. El no se consoló jamás de que los chilenos no despertaran de esa modorra y abrieran sus ojos a la realidad.

Fue un apóstol de esa idea; fue un educador y un filántropo. El, y don Enrique Molina —lo repito— se destacaron en el grupo de los creadores y de los realizadores de esa gran idea.

Don Enrique Molina es uno de los más extraordinarios educadores de generaciones que ha tenido la República. Filósofo, ensayista, escritor y, por encima de todo, un hombre que exhibe la más hermosa vida dedicada enteramente a la más noble misión: formar la Universidad y crear en torno a todas sus actividades un ambiente ejemplar, ese ambiente del cual se nutren las generaciones jóvenes y del cual, a la postre, una patria, una nación, puede obtener los mejores resultados.

Cuando uno visita Concepción, que es como una portada de la vieja frontera con la nación guerrera de Arauco, se sorprende de la belleza de la ciudad universitaria, enclavada

en medio de la vieja y hermosa capital sureña. En la ciudad universitaria se alza un esbelto campanil, donde flamea siempre una bandera. Cuando la he visto flamear movida por el viento del mar cercano, me ha parecido que en esos destellos de colores que arrancan del trazo, sol y viento, flamea el alma, el espíritu de una ciudad. Eso es lo admirable que ha logrado la Universidad de Concepción. No hay otro caso en Chile ni en América.

¿Cómo consiguieron los hombres que la crearon, hacer de la Universidad de Concepción el alma y el espíritu de la ciudad? ¿Cómo lograron que lo mejor de ella fuera la exaltación de las más nobles cualidades que hay en el hombre. Las fuerzas espirituales y que la ciudad entera se transformara en un foco de constante cultura, de incitación a las más bellas disciplinas, a las mejores disposiciones del ser humano, es decir, aquellas que nacen del espíritu y del corazón?

La Universidad es el alma de Concepción, no sólo de esa ciudad, porque es como un foco que irradia en todo el Sur de Chile. No hay ningún problema que no encuentre en ese plantel una caja de resonancia: problemas económicos y educacionales, problemas de álgebra y de filosofía, problemas técnicos y deportivos. Todo lo que puede llenar la vida de una colectividad, todo lo que puede preocupar a los hombres que la forman tiene su justo eco en esa Universidad, que ha sido hasta ahora conductora, guía de todas las preocupaciones de sus hombres y de la región.

Esto es lo que la distingue, es tal vez sin desmedro de las otras uni-

versidades esparcidas a lo largo de Chile. Ello, también, le ha dado rango internacional. Hace poco tiempo se efectuó en ella un congreso de escritores; después una reunión en que se trataban temas agrícolas; con anterioridad, en una conferencia de pedagogos. La Universidad de Concepción está siempre al día, haciendo esfuerzos extraordinarios por traer maestros de otras latitudes y de países lejanos y por dar, vuelvo a decirlo, a la ciudad donde está enclavada el rango de ser el centro de actividades y de altas preocupaciones que, a la postre, inciden en el progreso y en el prestigio de Chile entero.

Pero hay otra lección que debemos recoger cuando nos referimos a la Universidad de Concepción: es lo que puede hacer una región, una provincia, una capital provinciana cuando un grupo de hombres, con inteligencia, buena voluntad y generosidad, se entregan a lo que parece una obra superior a todo esfuerzo humano; a crear una universidad. Las provincias han estado siempre repitiendo que Chile es un país centralizado y que ellas están abandonadas. De improviso las ha desmentido ésta como lección a todos los provincianos de nuestra patria: un grupo de hombres de buena voluntad, un grupo de gente esforzada, sin fortu-

na hemos escuchado aquí anécdotas y episodios que demuestran que no había ningún respaldo económico cuando se creó la Universidad simplemente con tesón admirable, con verdadero patriotismo, con un espíritu de cordialidad y de hermandad humanas que rara vez se repite en Chile, se juntan para realizar una obra hermosa, no fracasan y la llevan a buen término.

Esa lección siempre me ha impresionado, y yo la ligo a dos hombres extraordinarios y eminentes, porque ellos contagiaron a muchos indiferentes y a muchos egoístas. Ellos lograron en tal forma que el fuego que quemaba sus espíritus y sus corazones fuese efectivo y fecundo, que hicieron posible este milagro: en una provincia, en un país pobre donde todo había que esperarlo del Presupuesto, alzar ese edificio material y espiritual que después de cuarenta años nos llena de orgullo a todos los chilenos.

Termino, señor Presidente, en nombre de los senadores liberales, adhiriendo a este homenaje y recalcando este enaltecedor ejemplo y destacando la impresión que deja en todos los espíritus el recuerdo de la forma cómo se creó, cómo se desarrolló y cómo culminó la Universidad de Concepción.